

ORAR CON IMÁGENES

- Pide la asistencia del Espíritu Santo. Ponte en manos de sus sugerencias y céntrate en una sola imagen.
- Fíjate en todos sus detalles e intenta hacerlos evocación de situaciones de tu propia vida o de la vida de los otros.
- Luego déjate llevar por el diálogo con Dios.
- Termina repitiendo una pequeña frase que resuma ante Dios lo meditado.



LA CUARESMA el desierto en casa



El desierto es uno de los lugares en torno al que se configura la espiritualidad de las Sagradas Escrituras.

Lugar de maldición y de bendición, lugar de muerte y de vida, lugar de angustia y de confianza.

Nadie quiere permanecer en él, pues es el signo de la vida sin bendición y, sin embargo, es en él donde se comprende finalmente que la vida misma está definida por una promesa de bendición que Dios no olvida: *floreceará el páramo y la estepa se convertirá en un jardín...* se dice en Isaías (53, 1).

Camino difícil, páramo casi imposible de atravesar; recorrido lleno de llanto, quejas y desesperación... y sin embargo lugar de encuentro con las palabras de más honda intimidad de Dios: *llevaré a mi pueblo al desierto -dice el Señor- y le hablaré al corazón,* apunta Oseas (2, 14).

El desierto en el que nos detiene la vida



Todos sabemos que la vida es difícil y eso quizá nos preocupa, pero no nos inquieta demasiado. Como el pueblo de Israel salimos al desierto sabiendo que el camino será duro... pero esto es llevadero cuando se tiene como horizonte la tierra prometida, cuando tenemos como horizonte la consecución de los objetivos a los que ofrecemos nuestros esfuerzos.

Sin embargo, de vez en cuando, la vida nos retiene en un páramo infecundo. La vida no da de sí, pongamos lo que pongamos en ella... y la desesperanza envuelve con un velo de debilidad los trabajos y sus motivaciones.

¿Para qué luchar...?, ¿para qué esforzarnos... si ya sabemos que no conseguiremos nada...? Y esta 'nada' se hace poco menos que absoluta y nos desespera y nos roba la ilusión, y con ella las fuerzas.

Entonces aparece la *murmuración* como le sucedió al pueblo de Israel en el desierto. Síntoma de debilidad y falta de fe cuando el horizonte parece desaparecer. La tierra prometida se siente entonces como un espejismo y Dios como un 'diablo' que llamándonos a la vida, nos ha arrojado, sin embargo, a un desierto de soledad y muerte. Y la misma murmuración (interior o en diálogo) va debilitando todavía más la fe y, con ella, la fuerza para avanzar.

Sin embargo, *bienaventurados* aquellos que avanzan sin ver, que se esfuerzan aún sin recoger los frutos, que esperan contra toda esperanza, porque ellos verán la tierra prometida, porque en ellos la misma vida de Dios se llama a sí misma atravesando la muerte; porque ellos son un testimonio de la resurrección, ya aquí, para todos.

Medita sobre esta situación en tu vida o en la vida de los que te rodean. Y pide a Dios que sostenga tu fe hasta hacerla un manantial de vida en medio de tus desiertos.

El desierto al que nos arrojamus mutuamente



Hay veces que el desierto es introducido en nuestra vida por nuestra propia acción. Es nuestra forma de vivir (con sus recelos, desprecios, violencias) la que hace inhabitable nuestra vida y la deja en muchos de sus rincones sembrada de sal. En este sentido, existe una tradición en la Escritura que habla no de la salida de Israel al desierto, sino de su expulsión por parte de Egipto, y otra en la que se habla de la pérdida de la tierra prometida a causa del pecado de Israel iniciándose entonces un nuevo camino por el desierto 'babilonio'.

Es fácil ver cómo en el mundo la codicia deja herida la gratitud, la gratitud y la fe en el valor que tienen; cómo las humillaciones que nos infringimos mutuamente hacen que se reseque nuestro corazón y ya no sepa confiar. La vida así se vuelve un páramo árido. Frustramos la fecundidad de la vida pues, cuando comienza a crecer, la asfixiamos, al quererla vivir ávida y ensimismadamente, secando en las fuentes de la delicadeza y la gratitud; secando las fuentes del encuentro amistoso y de la hospitalidad paciente.

Por eso pueden verse hombres y mujeres, a veces nosotros mismos, exiliados en el desierto de la tristeza, el dolor y la soledad, esperando un nuevo hogar, una tierra que mane, alegre, leche y miel para todos.

Y aún así, *bienaventurados* los que se confían a la misericordia del Señor como su hogar fecundo, y bienaventurados los que abren las puertas de su vida a los que vagan heridos, tristes, solitarios... porque Dios descenderá para ellos como nueva Jerusalén, donde un manantial de vida inagotable se convertirá en alegría eterna para los justos.

Medita sobre esta situación en tu vida o en la vida de los que te rodean. Y pide a Dios que sostenga tu fe hasta hacerla un manantial de vida en medio de tus desiertos.